

---

## la tristeza de ser sociólogo en el siglo xxi \*

héctor ricardo leis \*\*

---

### Resumen

El texto analiza las limitaciones de la Sociología para entender las transformaciones recientes de la modernidad. En particular, interesa especialmente pensar en las dificultades epistemológicas existentes en las raíces teóricas de la Sociología para enfrentar las tareas derivadas de la revolución biotecnológica en curso y sus impactos eugenésicos sobre la sociedad futura. Se argumenta que la principal de estas tareas será una revisión interdisciplinaria de las relaciones entre el concepto de naturaleza humana, y los valores sociales y políticos en vigor. Para comprender mejor el desafío radical de la modernidad del siglo XXI a los valores de la modernidad clásica se presentan dos figuras heurísticas: el dilema de la modernidad técnica y la contradicción de la Sociología.

PALABRAS CLAVE: teoría social, modernidad, naturaleza humana, eugenesia.

---

\* Texto originalmente escrito en portugués y publicado en Brasil en la Revista *DADOS*, vol. 43/4, 2000. El autor agradece la gentil invitación del profesor Guillermo Rochabrún, Coordinador de la Maestría en Sociología de la Pontificia Universidad Católica del Perú y Director de la revista *Debates en Sociología*, para publicar la traducción al español de este artículo. Este agradecimiento debe hacerse extensivo a los profesores de la Universidad Nacional de Cajamarca, por el «descubrimiento» de este trabajo en internet.

\*\* Profesor de los programas de postgrado en Sociología Política y en Ciencias Humanas (Interdisciplinario) de la Universidad Federal de Santa Catarina, Brasil.

Siempre hubo fiestas. En la América Latina de las décadas del 60 y 70 tuvieron lugar algunas tan difíciles de olvidar, como de hacerlas comprensibles para las generaciones actuales. Entre las mejores estaban las organizadas por la Sociología. En cierta forma, recreando el éxito tenido varias décadas atrás en Europa o en Estados Unidos, las fiestas eran detonadas por un insaciable espíritu sociológico. Es verdad que los sociólogos siempre sufrieron de algunos males; por ejemplo, creer que la realidad era eminentemente social, o que cualquier problema podía ser evitado o resuelto a través de la acción social. Pero también es verdad que esos defectos no eran aún graves, y se compensaban ampliamente asumiéndose que ninguna pregunta o sospecha sobre los fundamentos teóricos o prácticos de la Sociología era precipitada. De este modo, junto a polémicas más tradicionales respecto al positivismo, el materialismo histórico, la democracia liberal o la revolución social, surgían permanentemente debates sociológicos intensos que iban desde Walt Disney hasta los movimientos sociales del Tercer Mundo, desde las últimas expresiones del cine y el teatro europeos hasta los platillos voladores, desde las nuevas teorías sobre los signos hasta los problemas internacionales de la guerra y la paz. Todo, literalmente, servía de excusa para organizar una alegre fiesta sociológica.

En comparación con aquella época, el presente de la Sociología es ciertamente una tristeza. Parece claro que ella fue domesticada y perdió su capacidad de convocatoria frente a la sociedad, y en particular frente a las nuevas generaciones. Para quien no lo sabe (o no le gusta recordarlo), hoy la Sociología casi no es buscada por los jóvenes que ingresan a las universidades, y cuando esto acontece en la mayoría de los casos es como segunda opción de carrera profesional. Por el contrario, en los años 60 y 70 la Sociología era buscada como primera opción por una proporción mayor de jóvenes, quienes, en muchos casos, eran los mejores representantes de su generación. Mejores en relación con sus preocupaciones altruistas por el bien común, mejores en relación con su capacidad intelectual, y según muchos otros atributos. ¿Deben buscarse las causas de este cambio en las características de la juventud de hoy? Es claro que no. No podemos culpar a los jóvenes (ni tampoco a algún presidente sociólogo) por el descenso actual de la Sociología. Ello no proviene de una visión equivocada del marketing ni de los supuestos avances de la burguesía, o los retrocesos de la universidad pública ni mucho menos de la supuesta pérdida del sentido de utopía por parte de la gente. Estos factores pueden contribuir en algún grado, pero no son decisivos. La causa principal de esta crisis no es externa sino interna; reside en el estancamiento y pérdida de iniciativa de la propia Sociología en las últimas décadas. En otras palabras, la Sociología parece estar en un proceso en el cual al mismo tiempo que aumentan sus defectos, disminuyen sus virtudes. Ha conservado e incrementado su reduccionismo y su moralismo originarios, limpiándolos paulatinamente de los contenidos irreverentes y transgresores que venían también desde su origen. De esa manera ha perdido una gran parte de su capacidad crítica que tan bien la identificaba. Me parece que esto explica mucho mejor la atracción que ella ejercía en la juventud de los años 60 y 70, y la falta de atracción que ejerce hoy.

Aunque las causas de este descenso sean básicamente internas a la Sociología, esto no significa que la realidad en cuanto tal no haya cambiado. En las últimas décadas la realidad apretó el acelerador, cambiando

vertiginosamente a través de caminos desconcertantes, mientras paradójicamente la Sociología empezó a pisar el freno, quedando presa de paradigmas que, en función de lo anterior, se volvieron cada vez más obsoletos. Parecería que la Sociología percibió su obsolescencia; sin embargo, en lugar de revisar sus presupuestos o paradigmas científicos para seguir avanzando en la concepción de la realidad, habría buscado la salida saltando hacia el abismo que estaba dentro de ella misma. No fugó ni hacia el pasado ni hacia el futuro: fugó hacia sí misma. Por esto la Sociología está hoy mucho más cerca de ser una disciplina moral de lo social que de la otrora indisciplinada ciencia de lo social.

Para algunos esta transformación se asemeja a la de la oruga en mariposa. Pero se engañan si piensan que esto es un motivo de orgullo. Es verdad que las apariencias seductoras de la moral y de la mariposa parecen aproximarlas, pero también es verdad que la belleza de esta depende de la fealdad de la oruga. Y así como no existe mariposa sin oruga, en el mundo moderno tampoco existe una moral auténtica desvinculada de la ciencia. La pretensión de la Sociología de comportarse moralmente es tan superficial y tonta como sería la pretensión de la mariposa de querer nacer directamente como tal. No obstante, estamos asistiendo a una «mariposización» de la Sociología, ya que además de continuar asumiendo que todo es social, ahora no le parece necesario incursionar hacia otras disciplinas para nutrirse de elementos enriquecedores. Antes la Sociología era explícitamente reduccionista e implícitamente interdisciplinaria. Y era esta conexión interdisciplinaria la que la volvía crítica, aún queriendo ser mariposa. El retroceso es tan grande que hoy ya resulta difícil saber si la transformación de las principales corrientes de la Sociología en moralizaciones de lo social se debe al haber perdido su conexión interdisciplinaria; o si, por el contrario, esto último tiene lugar debido a su transformación en una doctrina que vigila lo social, para decir lo que es correcto y lo que está equivocado desde el punto de vista de la moral y de las costumbres (u opiniones de las masas).

Hoy la Sociología se presenta a sí misma como una disciplina políticamente correcta, como un saber cuyos objetivos son perseguir a los «malos» y ayudar a los «buenos» (sean estos actores o procesos). La moralización actual de la Sociología es tal que las cosas «ruines» de la sociedad (economía, Estado, individuos, etc.) tienden a ser derivadas hacia los campos de investigación de otras ciencias. Para dar ese salto hacia dentro de su propio abismo la Sociología se vio obligada a recrear sus fantasmas. En su origen y durante mucho tiempo entabló una lucha heroica contra los fantasmas del pasado. Lucha que, con la mirada actual, sería considerada políticamente incorrecta, porque esos fantasmas en no pocos casos recibían un enorme apoyo popular. En otras palabras, en la edad de oro de la Sociología, no eran las masas las que demandaban los cambios recomendados por los sociólogos. Ya fuese por la izquierda o por la derecha (en contra de los anhelos de Marx o de Durkheim, para decirlo en términos más sociológicos), la mayoría de la población tenía nostalgias del pasado y miedo del futuro (recordemos que hasta hace muy poco tiempo la Sociología era prejuiciosa en relación con la amplia mayoría de la población mundial que vivía en el medio rural, lejos de las luces de las ciudades y de las chimeneas de las industrias). Es un hecho que ni capitalismo ni comunismo llegaron acompañados por el consentimiento de la mayoría. Fueron las elites, burguesas en un caso y revolucionarias

rias en otro, las que hicieron posibles los acontecimientos (dígase también: a costa de mucho sufrimiento y millones de muertos).

Curiosamente parece que nadie se preguntó todavía cómo una ciencia que, en su origen y desarrollo posterior de muchas décadas, fue políticamente incorrecta en fuertes dosis (circunstancia que de un modo u otro todavía se aplicaba a su contexto de inserción en la realidad latinoamericana de los años 60 y 70) dio el viraje actual. En otras palabras: ¿cómo se explica que la Sociología luchara entonces contra los fantasmas del pasado y hoy luche contra los fantasmas del futuro? Aproximadamente hasta los años 60 y 70 los sociólogos colocaban los peligros en el pasado y la salvación en el futuro. ¿Cómo entonces podría pasar desapercibido, sin una reflexión apropiada, el hecho de que hoy las cosas estén prácticamente invertidas, y que los sociólogos pasaran prácticamente de ser heraldos del futuro a nostálgicos del presente? ¿Cómo explicar la paradoja de la Sociología de sentirse ahora amenazada por los poderes de la historia, amo al que ella antes servía y elogiaba? ¿Es esto un giro oportunista o epistemológico? ¿Cuál es la culpa no confesada que está detrás del no reconocimiento de estos cambios?

No se piense que estoy hablando solamente de la Sociología en el Brasil. Así como en otros campos, también en esto Brasil exagera un poco; no obstante, los males de la Sociología aparecen como un problema mundial y no como local o regional. Pero ya que estamos en Brasil no estaría mal dar una mirada (indiscreta) a los trabajos presentados por los sociólogos en los congresos, en sus proyectos financiados de investigación o en sus artículos publicados en las revistas más prestigiosas del medio académico. Veríamos entonces que la mayoría de los trabajos y proyectos de los sociólogos (no todos, obviamente) abordan temas tradicionales de la Sociología y lo hacen de una manera sociológica tradicional. No pretendo entrar en la polémica estéril de definir lo que es tradicional y lo que no lo es (que el lector examine y juzgue), pero de cualquier forma me parece que la cuestión central a elucidar no se refiere tanto a los temas y/o objetos de estudio, sino a la forma de abordarlos. Si fuera preciso un indicador para comprobar las afirmaciones anteriores sugiero recorrer las referencias bibliográficas de la producción de los últimos años. No es muy difícil verificar que la gran mayoría de trabajos sociológicos contemporáneos utilizan marcos teóricos fuertemente restrictivos y repetitivos. Aunque sociológicamente hablando esto no es necesariamente un error, encontramos que de ese modo es casi imposible distinguir en estos trabajos lo que surge del análisis del objeto de lo que ya se sabía a partir del marco teórico utilizado tradicionalmente por los investigadores de ese campo. No es que no existan, pero son poco frecuentes los ejemplos donde podemos encontrar la utilización de una bibliografía con fuertes conexiones o contactos con otras disciplinas (tal vez, uno de los mejores antidotos contra la excesiva confusión que denuncio entre objeto y marco teórico).

Quiero reiterar que en las fiestas de los años 60 y 70 las cosas no eran así. La Sociología mantenía un espíritu más ensayístico y no se presentaba tan separada de las otras ciencias sociales (ni tampoco de la Filosofía). Esto creaba un clima vital y alegre en el que nadie se preguntaba mucho si lo que hacía era Sociología o cualquier otra cosa, enfrentando directamente todas

las cuestiones que aparecían. En otras palabras, fue esto lo que siempre hicieron, por ejemplo, los grandes sociólogos brasileños, desde un Gilberto Freire hasta un Florestan Fernandes. Ambos, cuando se enfrentaron con el desafío de estudiar el tema de las relaciones raciales en el Brasil, idearon proyectos que producían una fascinante fusión teórica y empírica de perspectivas que hoy serían consideradas como exclusivas de la Sociología, Antropología, Psicología, Historia o Filosofía. Estas observaciones no tienen pocas implicancias epistemológicas. Si lo fundamental es observar y explicar la realidad tal como ella es (como fue escrito con letras mayúsculas por el gran Maquiavelo al inaugurar los trabajos científicos sobre la realidad social y política en los inicios de la época moderna), el hecho de utilizar una bibliografía selectiva podría sugerir (entre otras cosas) que las principales líneas de la Sociología están más interesadas en mostrar cómo debería ser la realidad, que en investigar cómo ella definitivamente es. Es imposible saber si la Sociología fue alguna vez cien por ciento una ciencia crítica, pero ciertamente nació con esa vocación; surgió sobre todo de la lucha contra pensadores que se apoyaban en el sentido común y en la moral de la época para hacer sus afirmaciones.

El moralismo en la Sociología expresa el deseo de realizar un determinado proyecto o modelo de sociedad. El problema no reside en la existencia de un modelo concebido con fines hermenéuticos. Reside en la confusión del mismo con el buen orden, con el orden correcto desde el punto de vista moral. Esto lleva a que, cuanto más la realidad se aparta de ese proyecto, mayor sea el abandono de la ciencia por los sociólogos y mayor su transformación en moralistas. En rigor, no ver la realidad tal como ella es deriva tanto de carencias epistemológicas como de excesos moralistas, actuando ambos de manera conjunta. Cuando el análisis de la realidad social gana en científicidad (el caso de Maquiavelo, por ejemplo), la separación entre ciencia y moral queda bien en claro y no existe subordinación alguna de los contenidos de la primera con relación a la segunda. Pero cuando ocurre lo contrario, cuando los análisis se rehúsan a observar la realidad de manera coherente, la separación entre ciencia y moral se vuelve confusa, y la primera tiende a subordinarse a la segunda para justificarse mejor discursivamente. Es obvio que en cada época histórica los problemas epistemológicos son diferentes. A comienzos de la Edad Moderna, el pensamiento se rebeló contra las concepciones teológico-metafísicas sobre la naturaleza humana y la sociedad, por eso avanzó hacia la constitución de saberes científicos especializados. En la actualidad me parece evidente que, entre otras tareas, el pensamiento debe rebelarse contra las concepciones ideológico-positivistas-racionalistas que atraviesan las diversas disciplinas, avanzando hacia la constitución de saberes científicos interdisciplinarios sobre la naturaleza humana y la sociedad.

La Sociología piensa sobre la sociedad, dejando entre paréntesis su concepción de la naturaleza, en general, y de la naturaleza humana, en particular. Con pocas excepciones, a los sociólogos se les ponen los pelos de punta cuando escuchan hablar sobre la hipótesis de la existencia de una naturaleza humana. Casi reivindicando el relato del Génesis, donde los primeros seres humanos (por los pecados asociados de Eva, Adán y Caín) son violentamente colocados fuera de la naturaleza primitiva y condenados a depender exclusivamente de sus propios esfuerzos, viviendo en sociedad,

la Sociología pretende también sustituir o transformar la naturaleza humana en algo eminentemente social cuyos residuos naturales poco importan. No obstante, para dejar en claro que es una disciplina secularizada, la Sociología invierte el mito del Génesis en un aspecto esencial. Si en el mensaje bíblico la sociedad aparecía ligada indisociablemente a la «caída» del paraíso, para la Sociología es a la inversa. Si en la Biblia la salvación está fuera de la sociedad, para la Sociología la salvación estará adentro. Ello nos induce a pensar que la sociedad es progresivamente buena y que la naturaleza es solamente un obstáculo a ser superado en el camino del progreso y del perfeccionamiento social. Siendo así, los seres humanos tendrían todo a ganar olvidando su naturaleza humana y concentrándose solamente en su condición social.<sup>1</sup>

El conocimiento científico no autoriza a nadie a ser optimista ni pesimista en relación con el significado extracientífico de sus datos. Si dos galaxias colisionan, aunque con ello sean hipotéticamente destruidos millones de mundos como el nuestro, los astrofísicos ciertamente no quedan ni más deprimidos ni más alegres. Si las ciencias naturales descubren una insospechada relación de familia entre los humanos y el resto de los primates, esto tampoco hace más optimista o pesimista a ningún biólogo. Max Weber (1967) nos recuerda que en la actividad científica no están en juego las consecuencias para los seres humanos que se derivan de los avances del conocimiento (sea teórico o tecnológico), a pesar de que estas pueden traer consigo alegrías o tristezas. Lo que está en juego, precisamente, es el avance del conocimiento científico. La sociedad puede destinar recursos para que la investigación científica se dirija en una u otra dirección; los avances pueden surgir de manera impensada e imprevista, pero siempre que acontece un verdadero descubrimiento él se incorpora a la realidad básicamente como un hecho, siendo posteriormente la sociedad la que le atribuirá o no un determinado sentido o valor. Esto quiere decir que la ciencia cambia nuestra percepción de la realidad, pero la valoración de esta es un proceso social más amplio. Ningún europeo del siglo XIX dejó de lado su etnocentrismo después de los descubrimientos de Darwin, ni nadie piensa hoy que hay algún error en el cosmos cuando dos galaxias van en camino a colisionar. Por esto, creo que los únicos sentimientos permitidos en la ciencia (inclusive cuando asume posiciones críticas o interpretativas) son aquellos relacionados con los avances o retrocesos del conocimiento como tal. ¿Qué significa entonces la permanente tendencia optimista que exhiben las principales corrientes de la Sociología contemporánea, independientemente de sus fantasmas haberse dislocado del pasado para el futuro?

Ciertamente este optimismo no es generalizable. Por ejemplo, en los inicios de la Sociología, autores como Weber y Pareto, o más recientemente

---

<sup>1</sup> No está de más recordar aquí que el concepto de *condición humana*, elaborado por Hannah Arendt (1958), aunque destinado a superar las aporías de un pensamiento limitado a analizar solamente la condición social del hombre moderno, nunca consiguió penetrar a fondo en la teoría sociológica, permaneciendo en el campo de la Filosofía social y política.

como Foucault y Luhmann, no me parece que alienen a sus lectores a ver las sociedades modernas como lugares de salvación. Por esto el sentido último de sus análisis es siempre derivado de los juicios de valor del lector. No obstante, la masa de sociólogos contemporáneos no comulga con los fundamentos epistemológicos de la obra de estos autores, aunque saquen partido de ellos para realizar sus análisis. La mayoría de los sociólogos se sienten más cómodos al lado de autores clásicos como Marx y Durkheim, o de contemporáneos como Touraine, Giddens y Habermas, para quienes el mundo social es (o puede llegar a ser en cierto punto) mucho más el resultado de la acción de actores o sujetos conscientes y/o de fuerzas sobre las cuales ejercen algún tipo de control. Por este camino la acción social deriva en acción moral y la sociología en optimismo.

De hecho, yo no tengo nada contra el optimismo en el plano personal (los médicos hasta comentan que ayuda a la salud). Pero insisto: en la ciencia la cuestión del optimismo (o pesimismo) no tiene cabida ni por la puerta ni por la ventana. En el caso de la Sociología, el optimismo es la manifestación más visible del reduccionismo que transforma todo lo que es humano en una cuestión social, y todo lo que es social en algo que depende, en última instancia, de nuestra voluntad. De esta manera la naturaleza humana acaba convertida en algo «bueno» o, en la peor de las hipótesis, en algo «neutro». ¡Si nuestro destino depende de nuestra propia voluntad, no tenemos cómo no ser optimistas! La entrada del optimismo en el pensamiento social fue garantizada por Rousseau, con tanta fortuna (o desgracia) que hasta hoy continúa inspirando a la mayoría de quienes navegan por las diversas vertientes de la Sociología. De acuerdo con Rousseau, si las cosas están mal es porque los seres humanos construyeron una sociedad equivocada; de lo que se trata es entonces de construir la sociedad correcta y todo quedará bien. ¡La dignidad de la especie humana quedó a salvo! Antes de vivir en sociedad la especie humana era moralmente neutra. Poseídos por una especie de compasión natural (sus miembros eran conocidos en la época como «buenos salvajes» o algo así), los seres humanos no debían preocuparse con su naturaleza sino con la llegada de la civilización.

Es difícil no caer en la trampa de Rousseau. Pero, aunque cayeran en ella, los errores de pensadores como Marx y Durkheim fueron sin culpa, y no puede hacerseles crítica alguna en nombre de la ciencia. Las visiones de la naturaleza humana que fueron ofrecidas por los filósofos sociales clásicos (Rousseau incluido) y en las otras disciplinas de la época (incluyendo Biología y Psicología) eran tan pobres y/o tan fantasiosas que bien podían ser puestas entre paréntesis a la hora de fundamentar la nueva ciencia de la sociedad. Hasta cierto punto esto continuó siendo así hasta la revolución de la Psicología (léase también Psicoanálisis), que estalló hace ya un cierto tiempo y la revolución de la Biología (léase también Ecología) que estalló un poco después. Por esto Marx y Durkheim no cometieron grandes errores, aunque hayan errado mucho más que Weber y Pareto. Pero hoy el aislamiento de la Sociología que se refleja en la obra de un Habermas o de un Giddens constituye, sin duda alguna, un error grave y culposo. Sus teorías son un retroceso en relación con el espíritu de Weber o Pareto, en cuyas obras no encontramos nada parecido a las esperanzas ofrecidas por una teoría de la acción comunicativa o de la modernidad reflexiva: teorías que nos llevan a creer que, por grandes que sean los cambios y por más graves que sean las

circunstancias, los seres humanos continúan teniendo siempre a su alcance herramientas capaces de constituir una sociedad adecuada. Según la interpretación de estos autores pareciera que la especie humana nunca pierde su dignidad, tan solo pierde su tiempo.

Aquellos sociólogos que neutralizan o disminuyen la importancia de la naturaleza humana para comprender la vida social y que, en una operación convergente, presuponen la bondad de la acción social están afirmando algo más (o algo menos) que una hipótesis científica: están transformando tales supuestos en fundamentos míticos o religiosos de sus trabajos, de modo tal que los mismos no pueden ser discutidos (la mayor parte de veces porque ni siquiera son explicitados), y mucho menos refutados (no existe ningún acontecimiento de este mundo que pueda demostrar lo contrario). Lo más gracioso de esto es que estos sociólogos no perciben que están operando de un modo no científico. Precisamente su reduccionismo les impide ver que sus supuestos son más religiosos que científicos.

Un poco antes he sostenido la hipótesis de que la Sociología, cuando de algún modo percibió su obsolescencia, dio un salto dentro de sí misma, evitando así reabrir el debate de sus antecedentes y supuestos epistemológicos, lo cual habría implicado ciertamente revisar sus relaciones con la ciencia en general. Con respecto a la Biología esta revisión está llena de obstáculos, derivados particularmente de la promiscua relación que ambas disciplinas han tenido en el pasado. Los principales autores clásicos fundadores de la Sociología construyeron sus teorías reaccionando contra explicaciones de lo social que tenían un fondo biologicista (Leis 1999). Desde Aristóteles y Tomás de Aquino hasta Spencer y Comte, las explicaciones de la sociedad y de la política eran dadas en analogía a las concepciones biológicas de la época. La sociedad era casi siempre comparada con un organismo vivo y las instituciones sociales con los órganos de un cuerpo que debían adaptarse funcionalmente a su ambiente. En Durkheim la metáfora organicista no desapareció totalmente, pero es evidente que enfrentó al evolucionismo biológico de Spencer y otros afirmando claramente que los fenómenos sociales no podían ser explicados a partir de variables biológicas como raza, instinto, etc. En el caso de Marx, su teoría de la lucha de clases rechazó fuertemente la analogía organicista, así como enfrentó también cualesquier reduccionismo biológico de los problemas sociales (como quedó claro en su polémica con Malthus). Aunque Weber y Pareto también participaron del esfuerzo reduccionista para fundar la Sociología, ellos fueron ciertamente mucho más abiertos que Marx y Durkheim a pensar la sociedad dentro de modelos multicausales donde los factores biológicos eran considerados de manera más equilibrada.

Resumiendo: los clásicos de la Sociología desarrollaron un pensamiento relativamente marcado por las relaciones contra las interpretaciones biologicistas de la sociedad. Pero como ya comentáramos antes en relación con los errores de Marx y Durkheim, sería incorrecto ver a las teorías de los clásicos como un retroceso con relación a las anteriores. Por el contrario, los clásicos, siempre que sean puestos en su contexto histórico, representan un avance sobre las teorías sociales de su época. De hecho, el retroceso fue de responsabilidad de sus discípulos, quienes por estar excesivamente presos a las enseñanzas recibidas, no supieron cómo avanzar ni cómo retroceder.

¿Tendrá la Sociología del siglo XXI el coraje de recuperar los grandes temas civilizatorios, sin preconceptos de ninguna clase? ¿Será que conseguiremos recuperar las miradas de un Tocqueville en el siglo XIX, o de un Weber en el XX, capaces de ver a través de las aguas turbias del presente, la historia del futuro? ¿Será que la reciente recaída moralista de la Sociología no es más que el recrudescimiento de los síntomas antes de la curación completa del paciente? ¿O será que la sociología está en una fase terminal, condicionada fuertemente por el subjetivismo de los diversos proyectos de los actores sociales? ¿Será que las concepciones del orden social que dominan a la Sociología desde su fundación constituyen una reacción e inversión del objetivismo de las concepciones de los científicos naturales? ¿No será que, a fin de cuentas, existe todavía una disputa pendiente entre las ciencias de la sociedad y las ciencias de la vida?

Tratemos de encontrar algunas pistas e hipótesis que nos ayuden a responder estas preguntas. Sabemos que el espíritu de la modernidad promovió grandes cambios sociales, ejemplificados notablemente en la Revolución Francesa. En la época en que aquellas cosas acontecían, la sociedad estaba estructurada en torno a jerarquías esclerosadas que desde hacía mucho tiempo no facilitaban el progreso humano. En cierta forma la modernidad derribó una sociedad basada en un principio de jerarquía total (en teoría nadie era igual a nadie en ninguna circunstancia), para promover otra sociedad basada en un principio de igualdad total (también en teoría, todo el mundo es igual a todo el mundo en cualquier circunstancia). De la misma forma que en la sociedad pre-moderna, por culpa de una jerarquía impuesta artificialmente, era cada vez más difícil reconocer y aprovechar los verdaderos méritos de las personas y, de ese modo, la sociedad se hacía cada vez más injusta y degradada, hoy también, por culpa de una igualdad impuesta artificialmente, se hace cada vez más difícil obtener reconocimiento y hacer justicia al esfuerzo y las virtudes de cada individuo. Obviamente, a pesar de que los resultados sean parecidos no es fácil compararlos en la medida que responden a principios opuestos de organización social (jerarquía e igualdad). De cualquier forma, me atrevo a hacer al menos una comparación. Como resultado de la degradación social producida por la incapacidad de reconocer los méritos de las personas, encontramos en la sociedad medieval un fuerte parasitismo social y mental entre las clases altas, mientras que en la sociedad actual el parasitismo se encuentra *relativamente* extendido, abarcando tanto a los sectores más altos como a los más bajos. Salir del radicalismo jerárquico para caer en el radicalismo igualitario parece haber servido para popularizar el parasitismo social, no para suprimirlo.

En los mejores momentos de su historia la sociedad humana siempre mantuvo un equilibrio entre las virtudes de las clases altas y bajas, así como también una responsabilidad social proporcional entre ellas para el desarrollo de la sociedad en su conjunto. ¿Pero qué ocurre cuando —como ahora— tenemos una población que crece casi sin límites en los sectores más bajos y descalificados, los cuales en muchos casos, para sobrevivir, se ven condenados a demandar y consumir recursos permanentemente de la sociedad? Aquellos que reclaman para todos por igual salud y educación, además de otras políticas públicas, presuponen que estos factores, si fuesen correctamente proporcionados por el Estado, igualarían a la población en un patrón común, donde tendencialmente sería imposible encontrar cual-

quier base para el surgimiento de la desigualdad social que no tuviese su origen en factores sociales preexistentes (como por ejemplo, la propiedad privada). Quienes así piensan olvidan que hasta el propio Rousseau —uno de los mayores defensores del igualitarismo— reconocía que existen también desigualdades naturales a ser tomadas en cuenta. Obviamente, tales desigualdades naturales o genéticas son extremadamente difíciles de medir, y no va a ser una simple prueba para cuantificar la inteligencia lógico-matemática de las personas la que va a resolver la cuestión. Al igual que con las «brujas», podemos no creer en las desigualdades naturales, pero ellas existen, y esconder la cabeza, como hace el avestruz —o la Sociología— no va a ayudar a resolver las cosas.

No son pocos los testimonios de vida que muestran que sin una ocasión favorable muchos grandes hombres y mujeres hubieran tenido sus talentos perdidos. Es precisamente entre las clases bajas donde podemos encontrar un mayor número de hombres y mujeres muy inteligentes y virtuosos, pero que nunca tuvieron oportunidades para desarrollar sus aptitudes. La masificación de las sociedades por el aumento de la población y de la miseria, por un lado, y las dificultades para medir correctamente los méritos de los individuos, por otro, son los principales factores que dificultan descubrir esos talentos para evitar que se pierdan. ¿Qué hacer entonces?, ¿limitar el crecimiento de la población?, ¿profundizar la aplicación de políticas públicas?, ¿dejar las cosas como están y ver qué pasa?, ¿luchar por la revolución?, ¿tomar exámenes de evaluación del desempeño a todos y por todo (hasta para poder ejercer la ciudadanía)? Como ya lo había anticipado, creo que no cabe a los sociólogos decir lo qué debe hacerse frente a cualquier problema, pero cabe sí investigar el problema para que los actores responsables de las soluciones que vayan a ser tomadas puedan estar bien informados, relacionando correctamente todas las variables en juego.

¿Y cuáles son aquí las variables? La Sociología habla como si las conociese todas, pero esto no es verdad. La Sociología no conoce ni sabe cómo tratar a los individuos, hombres y mujeres; conoce en todo caso a los ciudadanos y a los diversos sectores sociales que integran la sociedad. De hecho, cuando se pide más educación, más políticas públicas en general, se está renunciando al desenvolvimiento de los seres humanos concretos, identificándolos apenas con sus capacidades socialmente valiosas. El resto de la personalidad —lo que los seres humanos tienen de más humano (incluyendo su espiritualidad)— queda excluido. No investigar la relación entre la expansión de la educación masificada actual y la expansión o no de los méritos, en general, y de los diversos tipos de inteligencia existentes en los seres humanos (no solamente la lógico-matemática), en particular, es continuar pensando la evolución de la humanidad en términos reduccionistas. Que la educación influye fuertemente en el desarrollo humano es una verdad evidente, pero aunque no sea tan evidente no es menos verdadero que existe un desarrollo hereditariamente condicionado que sugiere caminos diversos para la realización de la felicidad humana y que esa misma educación masificada ignora (Huxley s/f). Fuera de la Sociología (y de las llamadas Ciencias de la Educación, obviamente) no parece ser tan difícil aceptar que los seres humanos no son iguales ni desde el punto de vista social ni natural, y que son tanto un resultado diferenciado de sus ambientes y educación como de sus factores hereditarios.

Los pensadores realistas saben que la política no debe adaptarse a la racionalidad sino a la naturaleza humana, que las instituciones sociales existen para los seres humanos, y no al revés. Por tanto, si queremos instituciones que funcionen debemos colocarlas en sintonía con la naturaleza humana. ¿Pero cómo juzgar a las instituciones existentes o imaginar nuevas instituciones si no conocemos la naturaleza humana, o como hacen los sociólogos, ignoramos que ella existe? Por increíble que parezca, los aspectos centrales de nuestros principios e instituciones políticas y sociales actuales fueron definidos entre los siglos XVII y XIX, por un amplio espectro de pensadores (Hobbes, Locke, Rousseau, Kant, Montesquieu, Hegel, Marx, Stuart Mill, etc.), que apoyaban sus trabajos en las diversas concepciones de naturaleza humana disponibles en la época. Esto supone un bonito *quidproquo*, ya que de un modo general las ciencias sociales continúan todavía atribuyendo legitimidad a instituciones imaginadas por autores que, de acuerdo con la ciencia contemporánea, representan concepciones casi mitológicas de la naturaleza humana. ¿No será que con los conocimientos producidos en el siglo XX por la Psicología y, especialmente, por la Biología, deberíamos repensar nuestras ideas tradicionales sobre los individuos, la sociedad, el Estado y la democracia, por ejemplo?

Las nuevas ideas e investigaciones biológicas (en un espectro que va desde la ecología de los grandes ecosistemas hasta la bioneurología del cerebro humano, pasando por la ingeniería genética), nos animan a repensar nuestras instituciones tanto como instan a la Sociología a dedicar una buena parte de sus esfuerzos al trabajo interdisciplinario, especialmente con la Biología. Aunque no se pueda imputar a la Sociología las obras de los filósofos sociales de los siglos XVII a XIX, ella no puede permanecer en una actitud moralizante o en una crítica desde afuera de los descubrimientos científicos y las posibilidades tecnológicas que, a fines del siglo XX, replantean la cuestión de la naturaleza humana en el centro del escenario. Habíamos dicho que la Sociología daba la impresión de tener miedo al futuro. El rechazo a entrar con fuerza en el debate abierto por la actual revolución biológica confirmaría esta hipótesis, en la medida que sus consecuencias para la evolución de la humanidad son dramáticas. Estamos hablando, nada más y nada menos, que de discutir en profundidad y sin preconcepciones las implicancias teóricas y prácticas de las transformaciones eugenésicas que, en muy poco tiempo, estarán siendo producidas por la ingeniería genética (asociada, especialmente al proyecto Genoma Humano y sus derivados).

La vieja eugenesia merece plenamente la antipatía de los sociólogos. Kevles (1997) muestra claramente cómo la mayoría de sus defensores, a fines del siglo XIX y primeras décadas del XX (los cuales, curiosamente, se concentraban tanto en Alemania que iría a caer en manos de Hitler, como en los liberales Estados Unidos e Inglaterra, que avanzaban para enfrentar al nazismo), estaban guiados mucho más por el resentimiento y los preconcepciones que por la investigación científica. Obviamente las excepciones no eran pocas, entre las que encontramos a prominentes biólogos que militaban dentro de una izquierda moderada, como Julian Huxley y Herbert Jennings, o incluso dentro del marxismo, como Lancelot Hogben y John Burdon Sanderson Haldane. Las corrientes dominantes de esta vieja eugenesia querían básicamente cambiar la sociedad a través de políticas discriminatorias o genocidas, sea por motivos patológicos, raciales o religiosos. Era una eugenesia

que, paradójicamente, escondía detrás de sus reivindicaciones jerarquizantes, una fuerte meta igualitaria o niveladora, como fue claro en el caso del nazismo, donde el Estado definía el patrón biológico al que todos los ciudadanos debían adecuarse, debiendo aquellos que no se encuadraban ser eliminados mediante políticas de exterminio gradual o total. Los que restasen serían supuestamente todos biológicamente iguales.

Pero la actual propuesta eugenésica guarda enormes distancias con la anterior. Para empezar, no aparece identificada con ese nombre. Rifkin (1998) recupera el concepto de alquimia para sugerir el de *algenesia*, para expresar la idea de una eugenesia nueva. La eugenesia del siglo XXI aparece despolitizada, sin ninguna vinculación con cualquier cuestión racial o mucho menos religiosa. Ella llega impulsada por las investigaciones de los científicos, por las fuerzas del mercado, y por los deseos de las personas de evitar enfermedades y mejorar sus capacidades físicas o mentales. La distancia entre una y otra propuesta queda clara cuando observamos que la nueva eugenesia invierte la paradoja de la anterior: esta ahora aparece empaquetada en discursos que prometen beneficios para toda la humanidad, pero sus metas son claramente jerarquizantes. Ahora no tenemos ningún lecho de Procasto nivelador, el acceso a la ingeniería biogenética a través del mercado va a garantizar a los individuos que ellos establezcan su propio patrón hereditario. En el mejor de los casos el Estado continuará haciendo lo mismo que hace actualmente en el campo de la salud pública, generalizando entre la población solamente una *terapia genética básica para erradicar dolencias de gran impacto social*.

Sin embargo, las prácticas genéticas que se avecinan introducirán entre la población una jerarquía antes impensada, caracterizada por una elite de personas que adquirirían una base genética superior, consistente en mejoras sustanciales de inteligencia, memoria y aptitud física, así como una mayor longevidad, y una masa compuesta por individuos que quedarían excluidos de la posibilidad de mejorar su base genética de manera significativa. Nada permite sospechar que esta jerarquización de la sociedad vaya a tener lugar de manera pensada o consensual, atendiendo a los méritos reales de las personas. Los alcances individuales de la ingeniería genética podrían, eventualmente, ser decididos reflexivamente (a la Giddens) o comunicativamente (a la Habermas), pero el alcance global de la misma simplemente va a tener lugar acompañando la acción sistémica del mercado y de las nuevas tecnologías. Y así como nadie piensa hoy que sería viable hacer una campaña para cerrar las clínicas y hospitales privados, de modo de garantizar a todos igual acceso a la salud a través de instituciones públicas, que nadie piense que va a tener alguna viabilidad cualquier campaña moralista (¿encabezada por la Sociología?) contra la nueva eugenesia, destinada a impedir el acceso privado a los beneficios de la ingeniería biogenética.

Retomemos la comparación entre la sociedad premoderna y la moderna. Sabemos que existió en el pasado una sociedad sumamente injusta, en función de la imposición de una jerarquía artificial que claramente ponía obstáculo al reconocimiento de los verdaderos méritos de las personas. Después de algunos siglos de modernidad las cosas no son necesariamente mejores. Así como antes se incentivaba el parasitismo a través de diversos mecanismos jerarquizantes que, en general, impedían que los mejores ascendiesen

socialmente, la sociedad actual también lo incentiva a través de diversos mecanismos niveladores que, como en el caso anterior, también impiden o dificultan que sean los mejores los que asciendan. El escándalo sociológico se hace evidente cuando no registramos ningún intento de análisis crítico de los presupuestos que justifican la existencia de los mecanismos niveladores en vigor. La creciente emergencia de movimientos derechistas neonazis en muchos países del norte anuncia de modo perverso esta ausencia de capacidad crítica de la sociedad y de sus intelectuales. Asistimos así a una saturación mental de las posibilidades de continuar expandiendo el principio igualitario, pero sin entender los motivos profundos de tal saturación.

En los países del sur las carencias críticas parecen ser incluso mayores. El populismo es parte integrante del alma popular y de las prácticas políticas e institucionales. Que en el sur padecemos de una especie de inversión perversa de la sociedad premoderna puede ser comprobado con algunos ejemplos escandalosos. En el caso brasileño, por ejemplo, a pesar de la legislación en contra, todavía tenemos algunas universidades federales que se rebelan contra la «arbitrariedad» de las normas existentes y, con el consentimiento de la mayoría de sus integrantes, eligen sus autoridades (incluyendo los rectores) por voto universal, igualando así, alegremente, en la capacidad de elección en instituciones y funciones tan complejas y dramáticamente vitales, a profesores titulares al fin de su carrera con estudiantes recién ingresados, y a servidores técnicos sin segundo grado con profesores doctores titulados en universidades de primer nivel. El voto, esa herramienta vital para el ejercicio de una auténtica democracia, es otro ejemplo. En vez de ser incentivada su transformación en un ejercicio consciente de una ciudadanía esclarecida, constantemente es nivelado hacia abajo. En el Brasil de hoy las autoridades políticas son elegidas por el voto prácticamente compulsivo de un espectro de personas que incluye tanto a analfabetos como a adolescentes apáticos. Quien piensa que votar no requiere poseer ningún mérito especial, que no exige una preparación cuidadosa del ciudadano y la correspondiente comprobación de dicha preparación, está creyendo también que el ejercicio de la ciudadanía que se expresa en el voto es más fácil y menos importante para la vida de la sociedad que conducir un automóvil en la vía pública (para lo cual se requiere de una buena preparación y aprobar un examen de habilitación).

Aunque sea difícil saber cuáles serían los caminos más adecuados para garantizar el reconocimiento individual y el aprovechamiento social de los recursos humanos existentes en la sociedad, no por eso debemos escatimar críticas a los modelos disponibles. Lo interesante a destacar aquí es que, al igual que cualquier otro sistema, viviente o no viviente, las sociedades enfrentan permanentemente la posibilidad de bifurcaciones o cambios profundos (Prigogine 1983). En términos generales podría decirse que las injusticias, ineficiencias y cualquier otro tipo de perturbaciones son signos de inestabilidad que anuncian tales cambios. En las circunstancias actuales es imposible no considerar probable la hipótesis de una bifurcación asociada a la emergencia de la nueva eugenesia y al punto muerto de un modelo de sociedad basado en principios democrático-igualitarios, pero que en la práctica llevan a la nivelación forzada de buena parte de los individuos y alientan el parasitismo.

Ciertamente, el resultado de esta bifurcación puede ser peor o mejor para la sociedad en comparación de lo que hoy tenemos. Pero la evaluación

de este fenómeno es muy paradójica. La sociedad es un sistema complejo, no lineal, debido a lo cual sus opciones no siempre pueden ser descubiertas por anticipado. En otras palabras, la dinámica de la realidad puede ser prevista en algún grado, pero su sentido difícilmente puede ser evaluado antes de que acontezca. No se trata entonces de pedir a la Sociología que impida o ayude en el parto de cualquier cosa, sino de pedirle que cumpla su papel de ciencia y ayude a comprender los acontecimientos de la sociedad contemporánea; que ayude a pensar mejor los falsos dilemas entre medievales y modernos, entre jerarquía e igualdad, entre naturaleza y sociedad, etc.; que ayude a pensar las bifurcaciones y cruces posibles entre estos factores. En resumen: que nos ayude a estar mejor preparados para enfrentar el futuro. Que nos ayude a responder cuáles serían, por ejemplo, los supuestos científicos y políticos para hacer viable una sociedad donde los méritos y virtudes individuales no sean obstaculizados por falsas jerarquías o igualitarismo, ya sea de origen natural, social o técnico. Que ayude a imaginar una sociedad democrática que, basada en los méritos reales de las personas, despliegue tanto el principio de jerarquía como el de igualdad sobre bases justas. O, en otras palabras, que intente investigar el ojo del huracán, en vez de dejarse llevar por el viento.

Hasta la década del 80 del siglo XX los sociólogos fueron razonablemente escuchados cuando afirmaban que solamente mediante cambios sociales (educación, políticas públicas, nuevos valores, etc.) sería posible lograr el avance de la sociedad en la dirección de un mayor progreso moral y humano. Durante muchas décadas se aceptó que el comportamiento humano estaba casi exclusivamente asociado a la educación y al entorno familiar y social, dejando casi nada a los factores hereditarios o biológicos. Todavía en los años 70 la sociobiología (Wilson 1978) intentó invertir esta ecuación, pero fue severamente rechazada por los sociólogos en un caso de rara unanimidad. Pero hoy el entendimiento de la exclusividad y/o reduccionismo y/o moralismo de los argumentos sociológicos está llegando a su fin, y los sociólogos parecen querer ser los últimos en percibirlo. Si la Sociología se aísla otra vez, colocando la etiqueta de «políticamente incorrecto» sobre las investigaciones que estudian los fenómenos genéticos del comportamiento social, o que se orientan por el intento de perfeccionar la naturaleza humana, en poco tiempo quedará reducida a una secta y, lo que será peor, habrá perdido la batalla sin luchar, dejando a los biólogos conducir el debate político-científico con la sociedad para definir el sentido de la nueva eugenesia.

El no aceptar los desafíos de la biología debe ser considerado como una deserción de los sociólogos de sus obligaciones para con la ciencia. Y más aún, en la medida en que sin la base dada por la ciencia no existe la posibilidad de desarrollar una verdadera moral para la vida moderna, huir de esta responsabilidad sería también una actitud inmoral. En otras palabras, el sociólogo no puede decir, por ejemplo, que la eugenesia es políticamente incorrecta e inmoral, que por tanto cualquier propuesta eugenésica debe ser rechazada sin discusión. Dado que hoy los avances de la ingeniería genética convierten a la eugenesia en una propuesta viable que escapa al control del Estado, es obligación de los sociólogos comenzar a investigar junto con los biólogos, científicos de otras disciplinas y filósofos, para abrir un debate científico-filosófico productivo en torno de lo que es natural y de lo que es social en la naturaleza humana, así como sobre las implicancias de esto para el desarrollo humano.

La Sociología y la Biología necesitan una «terapia de grupo»; más que nunca precisan reconciliarse e integrarse en equipos interdisciplinarios para estudiar la ecuación hipercompleja que relaciona los factores genéticos y los sociales en todos los planos del comportamiento humano (recorriendo toda la gama de un espectro que incluya tanto la política como la religión, el amor como la inteligencia y la danza como la amistad).

La Sociología no puede continuar desconociendo la urgencia de las cuestiones latentes a la modernidad técnica actual. Entreveo que estas cuestiones se organizarán en torno a un dilema que precisaría la ayuda de un Sófocles para ser presentado en todo su dramatismo. A falta de otros recursos permítanme que presente el dilema como una pregunta: ¿la evolución de los individuos como especie (entendiendo esto básicamente como un mejor desarrollo de las condiciones genéticas de la especie en cuanto tal), es contradictoria o convergente con la evolución de los individuos como sociedad (entendiendo esto básicamente como un mejor desarrollo de las condiciones materiales y espirituales de la sociedad en cuanto tal)? Dilema hipercomplejo que nos desafía a pensar en transformaciones profundas en las dimensiones social y biológica de los seres humanos. Sería una expresión de sumo provincianismo creer que la Sociología puede responder sola, al margen de un esfuerzo interdisciplinario, las preguntas introducidas por la técnica moderna a nuestra civilización, especialmente por la actual aventura computacional-informática-biotecnológica.

En las últimas décadas hubo fiestas a las que los sociólogos no fueron invitados. Sabemos que en una de las más importantes fue celebrado el matrimonio entre las ciencias de la información y las ciencias de la vida. Me gustaría imaginar un *ménage a trois*, introduciendo a las ciencias sociales en la intimidad de la pareja. Autores como Luhmann y Castells, aunque desde ángulos diferentes, no verían con malos ojos el enamoramiento de la Sociología con las ciencias de la información. ¿Pero dónde podemos encontrar hoy un científico social de la estatura de un Gregory Bateson, quien en los años 70 era capaz de integrar y transitar sin solución de continuidad por las áreas más diversas de la vida social, psicológica y natural? Los conocimientos científicos en el área de la Biología prometen una revolución biológica. ¡Y nadie mejor que los sociólogos para enamorar las revoluciones! Ironías del destino: ahora que las revoluciones sociales (sean de tipo francés o ruso) ya no asustan a nadie, nos damos el lujo de tener una revolución tecnológica cada 24 horas. La de anteaer fue la de las computadoras, la de ayer la de la información, y la de hoy es la biotecnológica. Todas estas revoluciones (además de las que están en los museos) aparecen primero con las manos llenas de promesas y nos dejan por un tiempo bastante felices. Un poco después empiezan las dudas, un poco más tarde los problemas, y luego, casi sin percibirlo nos quedamos llenos de riesgos y también de «deudas». De deudas contraídas para atender los daños dejados por el terror revolucionario. En este sentido parece obvio que la biotecnología demanda más atención que ninguna otra revolución anterior. En la medida en que ella promete algo tan valioso como la propia vida, es lógico esperar también una cuota mayor de «terror».

El reduccionismo de los clásicos (aún el de los más recalcitrantes) nunca les impidió entender lo social en sentido amplio; es decir, lo social nunca dejó de ser pensado por ellos de manera interdisciplinaria. Aunque esta se daba

dentro de un campo relativamente restringido, integrado por las ciencias sociales y humanas (básicamente: Sociología, Antropología, Psicología, Economía, Geografía e Historia) y la Filosofía, de cualquier manera eso muestra que sus enfoques eran abiertos y permitían los contactos con una diversidad de teorías y datos empíricos que extrapolaban lo estrictamente sociológico, tal como hoy es entendido. Hace un rato me preguntaba por la culpa no confesada que llevó a los sociólogos a ocultar sus maniobras y saltos político-epistemológicos. Las respuestas para explicar esta culpa apuntan a dos causas, una principal y otra secundaria. La principal reside precisamente en que los sociólogos contemporáneos no han querido enfrentar la contradicción establecida desde el origen de la Sociología, entre una propuesta (epistemológica) interdisciplinaria, y una visión (ontológica) reduccionista de la realidad. Contradicción que está siendo tratada de la peor manera, intentando suprimir uno de sus lados. La culpa inconfesada reside en el anacrónico reduccionismo de los discípulos, que por no querer avanzar hacia una interdisciplinarietà mayor a la de sus maestros, están ahora pretendiendo establecer una disciplina moral para un objeto cada vez más complejo.

Además del salto suicida hacia el abismo interior, existe otra falsa salida bastante engañosa. No debiera extrañarnos que la próxima moda científico-cultural sea inter o transdisciplinaria, al margen de lo que ello pueda significar (no fueron pocas las veces que, leyendo notas de divulgación científica, encontré afirmaciones ininteligibles del tipo «estamos entrando en la era de la interdisciplinarietà»). En este caso la Sociología podría caer en la tentación de adoptar una retórica interdisciplinaria, pero sin comprometerse con una fuerte reforma epistemológica que remeza sus supuestos básicos. Si la Sociología no vuelve a ser transgresora y hace de la interdisciplinarietà una *intra-inter-disciplinarietà*, si va a la fiesta de los otros, pero no trae también la fiesta para dentro de casa, llegando hasta el núcleo de sus fundamentos y redefiniendo su concepción de naturaleza humana, cualquier cambio que haga será apenas cosmético.

*Last but not least*, la causa secundaria de la culpa no confesada. Ella radica en que parte de esta conversión dogmática fue impuesta por la lógica de las instituciones y la política académica. Esta conversión (u olvido de los discípulos de las lecciones de los maestros) no está libre de un cierto interés material dado por la proliferación e institucionalización de los programas de postgraduación (en todas las áreas; no solamente en Sociología), que fueron abriendo espacios de especialización cada vez mayor (por ejemplo, un mismo curso de doctorado en los años 60 y 70, permitía el desarrollo de tesis que hoy están separadas entre varios cursos con fronteras disciplinarias bien defendidas).

Concluyendo: cuando poco después del término de la Segunda Guerra Mundial emergieron los problemas ambientales y los sociólogos dejaron a los biólogos casi hablando solos sobre la crisis ecológica, tuvimos una prueba de las dificultades de los primeros para lidiar con temas interdisciplinarios de amplio espectro y, en particular, para relacionarse con los trabajos de los segundos. Esto se tradujo en la considerable debilidad epistemológica del debate ambientalista, el cual durante varias décadas quedó sujeto a varios tipos de catastrofismo por estar centrado casi exclusivamente en variables naturales y por olvidar y/o no saber cómo hacer el nexo con las variables sociales. Pero la debilidad del lado sociológico del ambientalismo no es nada

si lo comparamos con la debilidad de la Sociología para asumir la problemática ambiental como un desafío importante para pensar en los supuestos de la sociedad moderna. Sin embargo, si el problema ambiental tenía un grado 10 de importancia, la cuestión biotecnológica hoy tiene grado 100(!). Dejar otra vez a los biólogos prácticamente hablando solos sobre las bifurcaciones y meandros de la sociedad eugenésica (y por ahora nada me hace pensar que no va a ser así), va a ser uno de los comportamientos más bizarros de la historia de la Sociología. Su cáscara de optimismo y moralismo no va a conseguir esconder el miedo que los sociólogos sienten por investigaciones que ponen en discusión algunos de los supuestos religiosos básicos de la Sociología (y de la sociedad moderna construida por la Sociología). Si lo peor ocurre, quizás eso no sea el fin de la Sociología, pero ciertamente lo será de sus fiestas.

## Bibliografía

- ARENDET, Hannah  
1958 *The Human Condition*. University of Chicago Press.
- HUXLEY, Aldous  
s/d *Sobre a Democracia e outros estudos*. Lisboa: Livros do Brasil.
- KEVLES, Daniel J.  
1997 *In the Name of Eugenics*. Harvard University Press.
- LEIS, Héctor Ricardo  
1999 *A Modernidade Insustentável*. Río de Janeiro: Vozes.
- PRIGOGINE, Ilya  
1983 *¿Tan sólo una ilusión?* Barcelona: Tusquets.
- RIFKIN, Jeremy  
1998 *The Biotech Society*. Londres: Penguin Putnam.
- WEBER, Max  
1967 *El Político y el Científico*. Madrid: Alianza Editorial.
- WILSON, Edward O.  
1978 *On Human Nature*. Cambridge: Harvard University Press.